



SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER

Sección vermouth

LUIS SANZ FERRER

Cantares baturros.

RAFAEL LEYDA

Villamediana.

JERÓNIMO GÓMEZ

La bien plantá.

FERNANDO MORA

Mi derrota.

JUAN RAMÓN RUIZ

El parcheo en el Cine.

F. GONZALEZ-RIGABERT

La fea

TOVAR, LUCERIT,
OTELLO TINO y MARQUEZ

Varios dibujos y retrato de
Los Mary-Tito y Carmen
Flores.

CARAS

BONITAS



CARMEN

FLORES

5 cénts.



ALBRICIAS, albricias! Desarruguemos el entrecejo; respiremos con fuerza y sonriamos dulcemente. Ya llueve, si no á chorro libre, por lo menos á gotita constante.

La hermana agua, la que fertiliza nuestros campos, satisface nuestra sed y bautiza nuestro vino, se ha apiadado, al fin, de nosotros y ha abierto la espita, volviendo la tranquilidad á los labradores, la alegría á los paragueros y el observatorio á los mirones de pantorrillas.

Esto se estaba poniendo muy malo. La sequedad de la atmósfera, era causa de que abundaran las enfermedades de un modo alarmante y el tífus, la escarlatina y la difteria se estaban cebando en nos-

otros cual comunidades de frailes entrando á saco en un festín de bodas, y los médicos declan que si la seguíamos teniendo tan reseca (me refiero á la atmósfera) la íbamos á *diñar* lenta, pero seguramente, hasta los académicos de la Lengua, que ya saben ustedes, que por obra y gracia de sus propios méritos, son seres inmortales.

Por otra parte, la propia falta de lluvia tenía los campos yermos y endurecidos los terruños, como alma de prestamista. No se podía roturar la tierra para la siembra, y la cosecha peligraba hasta el extremo de que ya se hablaba de que nos iban á subir el pan, cosa que á mí no me produjo una gran contrariedad, siempre, naturalmente, que la subida no tuviese un carácter de permanente, porque ¡caray! cualquiera resiste eso á perpetuidad. Ni el *petit enfant* de la célebre fuente pública de Buseras.

Los alarmistas no dejaban de amargarnos la existencia asegurándonos que en el próximo año no tendríamos trigo, ni garbanzos, y que nos despidiésemos de los nabos y demás raíces alimenticias. Esto sí que me dejó escalofriado haciéndome recordar el personaje de la obra italiana que exclama al ver que espicha ¡*Oh Dio! ¡Morir così giovane!* porque eso de quedarse sin él, para mí indispensable elemento de vida, equivale tanto como la pérdida de la propia existencia, y como yo, conozco á una infinidad de señoras que se vuelven alienadas de entusiasmo por el disfrute de esa carnosa raíz, considerándola, con razón, la más alimenticia de todas, vean ustedes cómo la amenaza de los alarmistas era para ponerle á uno en cuidado.

Y quien dice nabos, dice cebollas y tomates y otros ricos frutos terrenales que la sabia Naturaleza hubo de depararnos al hacer el mundo, y si á las señoras de qué hablaba más arriba, les saca de sus casillas el placer de disfrutar la supradicha raíz, declaro ingenuamente que yo

LOS IMPACIENTES



- ¿Pero te vas á venir al baile, ó no?
- ¡Hombre, aguárdate que me lavel!
- Pues mejor será que te laves después.

CUARTELERÍAS



—Con un asiento así no te quejarás de que el caballo te deje estocado ¿eh?
—Sí; pero todo «es cocido».

necesito tener tomate á todo pasto; es una solanácea que me domina totalmente. ¡Lo que se *solanecea* uno cuando pesca un bien carnoso!

Pero todos esos temores han desaparecido afortunadamente. Y llueve, y con ello se ablanda la tierra para la agricultura y se despeja la atmósfera para las enfermedades. La Difteria y la Escarlatina se marcharán con viento fresco arrastradas por la lluvia camino del colector, inaugurado recientemente á orillas del Manzanares.

Por cierto que ahí existen dos nombres de guerra, para otras tantas jóvenes aspirantes á lanzarse á la pública admiración en clase de artistas del género minúsculo. Una danzarina que se llamase «la bella Escarlatina» ó una tonadillera que adoptase el pseudónimo de «la divina Difteria», tendrían un éxito loco. Es una idea que lanzo, dando por anticipado mi palabra de honor de que no pienso reclamarles derechos de invención.

Otro aspecto benéfico de la lluvia, es el relacionado con la respetable clase de «los contemplativos», numerosa secta de la que forman parte hasta senadores vitalicios, (y no me refiero ni á Amós Salvador, ni á Ferrándiz) cuya misión consiste en consolarse solos, viendo pantorrillas femeninas en los días que el estado de las calles obliga á unas y da pretexto á otras, para enseñar las bellezas de sus extremidades inferiores, que en la mayoría de los casos no tienen nada de inferiores, sino superiores y tan superiores.

Como esto lo saben ellas, en cuanto caen cuatro gotas, preparan su decorado que es un encanto de detalles atrayentes, y es una de subir faldas para que se vean cimientos, que es como para poner frenética á la propia estatua de don Fruela, á pesar de su insensibilidad petrea.

Y eso que, dicho sea en secreto, y para que no se enteren las interesadas en general, no merece la pena de que llueva para que los «contemplativos» y los que

LAS MODAS



Wierques

—Ya ves, la gente dirá que voy de capa caída. ¡Cuando el que va de capa caída eres tú!

no están afiliados á esa secta de mirones, vean satisfechas todas sus aspiraciones administrativas.

Como que á lo mejor va usted á enterarse si una señora que sube al tranvía calza zapatos Luis XV, y resulta que hasta se entera de qué fábrica es el corsé que aprisiona sus encantos pectorales.

Un pequeño REPORTER

CANTARES BATURROS

A mi suegro le *pidí*
un rial y me lo negó;
pero le *pidí* la hija
y al momento me la dió.

Lleva Teburcia en la cara
una higa, de un antojo;
y dicen que *mu* pronto
se casa, con higa y todo.

Pasa igual con la mujer
que con burro de gitano:
nunca se le ven las faltas
hasta *dimpués* de comprarlo.

Luis SANZ FERBER

CIGARRILLOS EGIPCIOS



Atelo

—¡Son estupendos! ¿Quieren ustedes
la colilla?

VILLAMEDIANA

EN EL ESTUDIO

EN un aposento del palacio de Saint-Germain, al que poco há se trasladó Luis XIV para vigilar las obras de Versalles, dos mujeres hablan, sentadas junto al fuego. Es la una muy anciana; casi niña la otra. Y mientras en la chimenea los viejos tocones cantan la dulce sonata del invierno, desgrana aquélla el rosario de sus historias cortesanas en los oídos de la niña, que la escucha con ávida curiosidad. Así, al par que distraen el lento correr de las horas, la instruye en la vida palaciega y la adiestra para sus intrigas. Dice la anciana mentora:

«En 1612 concertóse el matrimonio de la Princesa Isabel con el Infante de España, don Felipe. Pero la boda no se celebró hasta 1615, estando la Corte en Burdeos. Representó al esposo en la ceremonia el duque de Guisa. Tenía mi señora entonces doce años. Yo, á quien se había designado para que la acompañara como camarista, tres más.

»En los días que á la partida precedieron no hacíamos, mi señora y yo, sino hablar de aquella España á donde nos llevaba el destino, país de amor y de muerte, que tenía el atractivo misterioso de una leyenda. País cuyo nombre evocaba palacios tétricos bajo un cielo alegre, poetas nobles, meudigos caballeros, corridas de toros, hogueras inquisitoriales... Pero no sentíamos miedo. Y hacia España marcha-



—Si viniese ahora mi pintor no me cogería, como siempre, en mala postura.

mos, con el afán que por lo desconocido siente la juventud.

»Llegamos á Irún el 9 de Noviembre. Allí nos esperaba el de Uceda con lo más lucido de los cortesanos. Y en un lujoso pabellón levantado sobre barcazas en medio del Bidasoa, verificóse el trueque de princesas. Sin gran pena nos alejamos de la risueña Francia, mientras en ella internábase como reina, Ana de Austria, dos veces cuñada de mi señora.

»Con halago gentil nos recibieron las ciudades del tránsito. Hay que decir que

INDECISION



EL.—Pues señor, llevo aquí dos horas contemplándola y dudando por dónde entrarla.

á todos cautivaba la princesa por su edad y su hermosura. Hermosura que de española parecía... Moreno cutis, facciones vivas, negros ojos de dulce mirar.

»A pocas leguas de Burgos salieron á recibirnos S. M. y S. A. con el duque de Lerma. Por fin conocimos al esposo. Tenía diez años y era rubio y esbelto, delicado y tímido, de ojos azules que huían las miradas. La princesa se alegró al verle. Pero muy pronto, al hablar con él, advirtió, como en todos los caballeros españoles, como en los trajes que vestían señores y aldeanos, algo que á nosotras, frívolas francesas, nos repelia... Algo que era á la vez hinchado y seco, rígido, de inaudita seriedad... Algo que al pensar se manifestaba como sentencia y al hablar se traducía en hipérbolos... Negros trajes con pléóticas golas.

»Y aquella noche, hospedadas en las Huelgas, sentimos por primera vez nuestra soledad y lloramos la patria ausente...

»Seguimos por Valladolid, por Segovia, llegamos á la Corte. Fastuoso y entusiasta

fué el recibimiento. Agolpábase la gente al paso de la Infanta, que lucía su gentil donaire sobre una hacanea. Llevaba el pelo alte con tocado, collar, cintura, gorra, aljorcas de preciosos diamantes y hasta el suelo caía el faldón, bordado de perlas. Iban detrás las dueñas en sus mulas, las damas luego, y por fin, la guardia vieja de á caballo. Así, después de hacer estación en la Iglesia, pasamos al Alcázar.

»Las habitaciones de Isabel estaban lejos de las de su esposo. Largo corredor mediaba entre ellas. D. Felipe tardó algunos años en atravesarlo.

»En 31 de Marzo de 1621 murió Felipe III, víctima de la etiqueta. Y mis señoras fueron coronadas con gran pompa. La

CHISTE TRASNOCHADO



—Oye, reina, me gustas porque eres de las de mi género.

—Es decir, que soy de «género de punto» ¿no?

reina madama, como llamaba el pueblo á Isabel, había tenido ya un mal parto.

»Por aquella época llegó á Madrid un noble, cuya terrible lengua le había conducido dos veces al destierro. Nombrábase don Juan de Tassis y era conde de Villamediana y Correo mayor del reino. Apenas llegado á Madrid, escribió estos versos que denunciaban su propósito de enmienda:

Llegó á Madrid y no conozco el Prado,
y no lo desconozco por olvido,
sino porque me consta que es pisado
por muchos que debiera ser pacido.

»Don Felipe, que tenía flujos de poeta, le recibió muy bien. Y por el favor real, como por su cargo, en Palacio se encontraba constantemente, mirado con rencor y miedo por todos los que en el Prado debían encontrar, según él, mesa puesta y servida.

»¿Qué fué primero? ¿La pasión de Villamediana? ¿El aliento que con su dulce hablar, sus fugaces miradas y sus hechiceras sonrisas, parecía darle la reina? ¿La murmuración de los cortesanos? No lo sé. Pero sí que al notar el contentamiento conque el celoso favorito, el omnipotente Conde Duque los veía hablarse, tembló.

»Y advertí á mi señora. Era aún muy pronto para engañar al rey, que se mostraba enamorado. Además, con el de Tassis ofrecía un mayor peligro.

»Era Villamediana un espíritu inquieto, una lengua mordaz. Sus epigramas caían sobre nobles y plebeyos, sobre favoritos y alguaciles, sobre judíos y comediantes, como venenosas avispas. Y de boca en boca corrían por todo Madrid. Se repetían y comentaban en Palacio, en los mentideros, en las covachuelas, en los conventos, en las plazas. Rumiaban los pequeños su afrenta, temerosos del valor y poder de Villamediana y callaban los grandes, ante el favor del rey que, según se decía, incitaba al poeta y reía sus chistes, especialmente los que contra el Conde Duque lanzaba. Este, al escucharlos, sonreía, alabando el ingenio del satírico.

»Sucedianse en la Corte los festejos. Y para solemnizar el cumpleaños del monarca, pensóse en uno que á todos excediese. La fantasía de Villamediana dió la idea. Una representación de noche en los jardines de Aranjuez.

»Julio Fontana, ingeniero mayor y si

¡SIEMPRE SE PESCA!...



—Recójase usted las faldas para esto!
He pescado diez y siete corazones; pero ni siquiera un bolsillo.

perintendente de las fortificaciones del reino de Nápoles, construyó, al efecto, un teatro en el jardín de la Isla. El Fénix de

os ingenios escribió un comedia: «El vecino de oro». Y otra, de magia, Tassis, «La gloria de Niquea», transparente símbolo de las pretensiones del Príncipe de Gales á la mano de la Infanta Doña Margarita. Esta se encargó del papel de Niquea. Gustó tanto á la reina la comedia, que quiso representar también. Y el poeta, entonces, añadió el de «Reina de la Hermosura». El resto de los personajes estaba repartido á las damas de la Corte. Sólo un hombre tomó parte en la representación. Un enano.

»Llegó la noche anhelada, que era una tibia y amorosa del mes de Mayo. Fantástico aspecto ofrecía el teatro á la luz de las antorchas. Resplandecían los estrados, cubiertos de pedrería, de rasos, de flores, de ondulantes plumas. Cruzábanse mira-

das ávidas de deseo... A lo lejos el río, olvidado, argenteaba melancólico entre el ramaje obscuro de los árboles.

»Comenzó la fiesta con un baile. Siguió una loa en que varias ninfas —lo corriente del Tajo, que apareció reclinada en un carro de cristal, coronado de luces y ornado de hierbas, el mes de Abril, en carroza tirada por el signo de Tauro y la Edad juvenil sobre un águila de oro,— cantaban en lindos versos los elogios del monarca.

»Creció la ansiedad cuando la cortina descorrióse para la comedia. Fueron alabadas las fáciles liras, las quintillas brillantes. Y asombraron las transformaciones de fantasía jamás superada.

»Mas cuando al final apareció un trono bajo, una como bóveda de brillantes espe-

jos y en él sentada la reina, cuyo manto se sujetaba al hombro con tres joyeles de diamantes, al cuello *el rico* y la perla *la peregrina*, coloreado el rostro bellísimo por la emoción, teniendo á su lado á la Infanta y á sus pies— entre macetas de flores, orlas de yedra y caños de agua— á sus damas, jóvenes todas, todas hermosas, un murmullo, que la etiqueta no pudo contener, de halagador entusiasmo, elevóse en la sala.

Y la reina, orgullosa y feliz, tornó los ojos dulcísimos, buscando al autor de su triunfo. Entre los pintados lienzo, su mirada se encontró con otra, abasadora de pasión...

»Resonó de pronto en la sala un grito espantoso. Un hachón había caído sobre una de las cortinas que rodeaban el trono incendiándola. Este vió envuelto en llamas, irónico final de la brillante apoteosis. El fuego se propagaba á la sala.

PATRIOTERÍAS



—Tenga usted en cuenta que soy alemán y gran duque...
—Yo con un español que sea barón me conformo.

ENFERMEDAD MORTAL



—Alégrate, hombre, que antes de dos días estarás bien.
—No me engañes. De sobra sé que ya no levanto cabeza.

Y todos, locos de terror, no pensaran sino en escapar.

»¿Y la reina?...

»Cuando las frescas auras del Tajo fortalecieron los espíritus de la reina, encontróse sentada en un banco. Don Juan, arrodillado, besaba sus manos y con amante desvarío, decía:

Escuchad, señora,
en congoja tanta
una voz que canta,
de un alma que llora...

»Siguió hablando, ya en prosa, ya en verso. La luna le bañaba en poética luz... Susurraba cerca el río... Cantaba un ruiseñor. Y á lo lejos, las llamaradas del incendio subían, fundiéndose en el alto, como almas enamoradas...

»Todo conspiraba contra la virtud de la reina... Fijó sus ojos en los arrebatados de Tassis, le atrajo suavemente hasta hacerle sentar á su lado y con voz queda murmuró:

»—Calla, calla, que me haces morir...

»Rindió su hermosa cabeza sobre el hombro del conde. Sus ojos llamaron á sus labios... A lo lejos, cada vez más voraces, se unían en lo alto las rojas llamaradas.

»—Ahora vete. Peligra tu vida.

»—Con toda mi sangre no pagaría este momento.

»Sonaron voces cercanas. Al resplandor de las antorchas, se vió una sombra que escapaba por la avenida.

»El rey se puso muy pálido, muy pálido... El conde duque, sonrió... La de Tabora, que vestía de caballero, echó su mano, con iracundo ademán, al puño de la espada...

»Tres meses después, el 21 de Agosto, dirigiéndose el conde hacia su casa por la calle Mayor, un hombre, que salió de la calle de Boteros, se acercó al coche, le hizo parar y llamó al de Tassis. Asomó éste confiado á la portezuela, con la esperanza, tal vez, de un mensaje halagüeño, cuando el otro esgrimindo una ballestilla, con saña cruel se la hundió en el pecho. La herida fué tal, que por ella, en

breves momentos, se escapó toda su sangre. El pañuelo con que intentó restañársela, tenía bordado un escudo regio.

»Huyó, en tanto, el asesino, amparándose en las sombras del Pasajizo de San Ginés. Jamás se le halló. Pero yo sé que un balletero del rey, llamado Alonso Ma-



Los Mary-Tito

Son los amos del tango argentino, y son, además, de los pocos «amos» que no se ponen tontos.

teo, recibió aquella noche un bolsillo lleno de oro».

Cayó la vieja camarista. Fuera gemía el viento. La obscuridad llenaba la estancia. Y en la hora crepuscular, propicia á los ensueños, pensaba la niña con encanto en aquel misterioso país de altivos caballeros que morían por el amor de sus reinas.

Rafael LEYDA

La bien plantá.

(Del Cancionero de Carmen Flores). Música de C. Larruga.

I

No hay en todos los madriles chula que tenga mi planta, ni que mueva las caderas de chipén, como esta gata. Si me ven bailar á zurdas con el negro de mis ansias, pierden ustés el descanso lo menos cuatro semanas.

Tengo un almacén de tortas en mis manos resaladas, y el gacholi que presume de manos largas, no se queda, por mi vida, sin probarlas.

Y lo que dice mi lengua es la purisma verdá, porque no ha mentido nunca «la bien plantá».

II

En las noches verbeneras pierde mi barrio la calma, con la lumbre de mis ojos y otras muchas circunstancias. Y los mozos postineros se deshacen con mi charla, como terrones de azúcar metidos dentro del agua.

No hago caso de ninguno porque no me da la gana, y les rompo las narices si se propasan, pa que sepan los panolis con quién tratan.

Y lo que dice mi lengua es la purisma verdá, porque no ha mentido nunca «la bien plantá».

Jerónimo GOMEZ

ALQUILER INCOBRABLE



—Vaya, mi casero en puerta. Todos los días viene con el recibo. Todos los días le digo que no tengo dinero. Y todos los días se va con las manos en los bolsillos... ¡Tonto!

“MI DERROTA,”

... y mirando á su carita de niño travieso, la dije:

—Si es verdad lo que murmuran, te odiaré siempre, pero si dicen mentira esas malas lenguas —luego de arrancarlas— seré tu esclavo más humilde y tu adorador más sincero.

La respuesta fué una risa ancha, sonora, que me permitió ver sus dientecitos de lobo joven.

—¡Qué simplón eres! —díjome luego de reír—. Carmina es mi amiga, mi fraternal amiga, y nada más ¿qué te creíste? ¡Bah! Murmuraciones de cuatro envidiosos... Ella y yo somos como hermanas, y sus penas son mis penas y mis alegrías sus alegrías.

—Pero... ¿No estuvisteis en el mismo internado?

—Sí.

—¿No te mandaba, y tú como una cordera obedecías?

—Sí, también.

—¿Y no es verdad... ¡mirame! que algunas veces... ¡¡que me mires digo!! deciate amorosa, aun delante de las colegialas, que eras su *petit chéri*?

No contestó.

Roja como una guinda huyó de mi lado.

—¡Es verdad; todo es verdad! —pensé—. ¡Pobre niña! Yo te diré mi amor de hombre; yo te daré mis besos y mis cariños; yo te sacaré de entre las pezuñas de esa marrana.

Y desde aquel instante comencé el asedio de su corazón y su voluntad.

Con dulces palabras de cariño la hice comprender el goce de amarse y comprenderse; la diferencia de un beso lujurioso, á un beso de amor.

AL SALIR DE ROMEA



—La Carmen Flores es una gran artista. ¡Lástima que imite á la Imperio!

—Sí; porque cada cual en su género están mejor.

—Y á mi Rafael Arcos, si no imitase á la Olimpia; por la misma razón.

Tras una labor lenta, pero continuada, gané su confianza.

—Verás... —decíame ruborosa—. Ella fué quien me inició. Venía á mi cama y con sus dedos traviosos y finos, hacíame cosquillas en todo el cuerpo. Un día, eran mis pechos los que sobaba con delicia; otro mi vientre; mis piernas... todo..., todo...

—¿No te revelaste?

noches, sin faltar una, buscaba mis caricias... caí enferma; salí de la pensión.

—¿Y luego?

—¡Luego!...

—Acaba: no te dé vergüenza. Te quiero y sé tu bondad; ella, ella es la mala... Dime... ¿Cómo la encontraste?

—En el teatro; con su marido. ¡Me dió una rabia!

DEL VERANO PASADO



—¿Quieres que cacemos un grillo, Rosiña?

—Sí, hombre; aunque sean tres.

—¿Qué sabía yo? Y además... ¡era tan dulce aquellol...

—Sigue...

—Después... ¡pero por Dios no te incomodes!

—Sigue...

—Después, una noche fría, muy fría, aprovechando el sueño de la *nonne*, saltó á mi cama y sentí, ¡ay! el calor de su cuerpo frío y nervioso... ¡qué de besos me dió! ¡Cómo me abrazaba! Sus piernas enroscáronse á mis piernas y... ¡No pongas esa cara; no te irrites!

—Sigue...

—No, nada... —continuó mi amiga—. Después... ¡claro! todas, todas las

discreto blombo; dueña discreta...

Acudí.

En mis brazos estubo muchas horas; su boca, que fué catarata de besos, risas y algún quejido, cerrada estubo al reproche y la reclamación.

—¿Te gusto, mi pequeñina?

—¡Oh!, mucho, pero...

—¿Qué?

—¡Nada!

No quise profundizar en su pensamiento y me contenté con besarla más veces.

—¡Me voy! —dijo.

—¿Cuándo nos veremos? ¿quieres que mañana?...

—No...

Aquella exclamación, nacida de un arrebato de celos, me alarmó grandemente, pero supe disimular.

—¿Y ahora... os veis?

—En visita; nada más que en visita...

—¿Palabra?

—¡Palabra! —y la linda muchacha, clavando su mirar en mi mirar, ofrecióme su boca roja y fresca.

—Tenemos que amarnos, mi pequeña, con toda el alma, con todo el cuerpo.

—Sí, sí —respondió entusiasmada.

—Tú serás para mi amor un clavel fresco y rojo; yo seré para el tuyo el amanecer de un día primaveral...

—Sí, sí... ¿Cuándo?

—¿Quieres mañana?

—Sí, sí... ¡qué curiosidad tengo! ¡qué deseos tenía... ya!...

Nervioso, acelerado, lo preparé todo. Buena mesa; buenos vinos;

—¿Pasado? Prepararé una gran merienda; tendremos champán...

—Sí; pasado es mejor... ¡adiós!

—¡Adiós, mi vida!

El perfume de su carne joven quedó adherido á mi carne, y sus pupilas brilladoras entráronse por mis pupilas y hallaron acomodo en mi cerebro.

¡Cuánto la recordé! ¡Con qué impaciencia veía rodar el tiempo! ¡Ya, mañana!... ¡Ya, dentro de unas horas!...

—Traiga usted flores; muchas flores— dije—. ¿Cuántas botellas hay, dos? Ponga otra más... ¿Un coche? No, no es ella... ¡Sí; retírese! Yo estaré esperándola... ¡Es la hora! Se habrá retrasado; ¡claro! las mujeres, un lazo, un alfiler... ¿Eh?

Un repiqueteo de chillón metal, me puso en pie...

—¡Ella!

No era ella. Un muchachillo delgado y paliducho, me entregó una carta.

—¿De ella? ¡Sí!... ¡A ver!

Junto al balcón, cerca de la mesa adornada con flores, leí, asombrado primero, indigno después, estas líneas repugnantes y absurdas:

«No me esperes que no voy. No iré más. No sé si tendré el paladar estragado ó el gusto pervertido; pero hijo, ¡tus manjares son tan fuertes!...

Mi amiguita del alma, aquella Carmina que en el colegio me hacía cosquillas, me espera. *Su esposo está de viaje.* ¡Merendaremos! Quizá no tengamos champán, y puede que tampoco mostadela, ni salchichón, ni lengua á la escarlata, pero no importa, recordando aquellos tiempos, el pan sólo, nos sabrá á dulce bollo, y puestas á imaginar, ya sabrá hacer nuestra imaginación, con este pan, los más deliciosos manjares.»

Esto decía su carta.

Yo diría aquí nombres y fechas y... algo más, pero no; respeto á mis lectores y no quiero tampoco que por mi culpa, que alguien calificaria de canallesco despecho, pierda una mujer... su contrata.

En la carta, que conservo muy cuidadosamente, sólo he puesto una cosa:

Septiembre, 1914, Waterloo.

Fernando MORA

Para toda clase de trabajos tipográficos, dirigirse á la

Imprenta de "Ediciones España,"
Paseo de las Delicias, 60.

NIÑERIAS



—Mira qué solo va Juanito. ¿Por qué no sacará á paseo á su mujer?

—No sé; pero papá dijo el otro día que si ella saliese, entonces no podría salir él.

El parcheo en el Cine

—Chico, ayer me voy al Cine, pido una entrada de magro á Geromo el taquillero.

—¿Le conoces?

—Hace un rato.

Me dió una entrada de buten, porque me tocó á este lado una jamba de primera de esas que ponen á caldo. Con unos muslos... ¡Mi madre! y más apretaos que el mármol. Con una tienda y trastienda pa decidirse al traspaso. Y la cara, ¡vaya tela! ríete tú de los cuadros que traen en los almanaques por Navidad, tócs los años. Con unos ojos así más negros que el hambre.

—¡Chacho!

Que me estás poniendo al nueve y marchamos cuesta abajo, entérate que hoy es viernes y que cobramos los sábados, y sin una linda perra...

—No me interrumpas, Cipriano.

—No he dicho nada, circula.

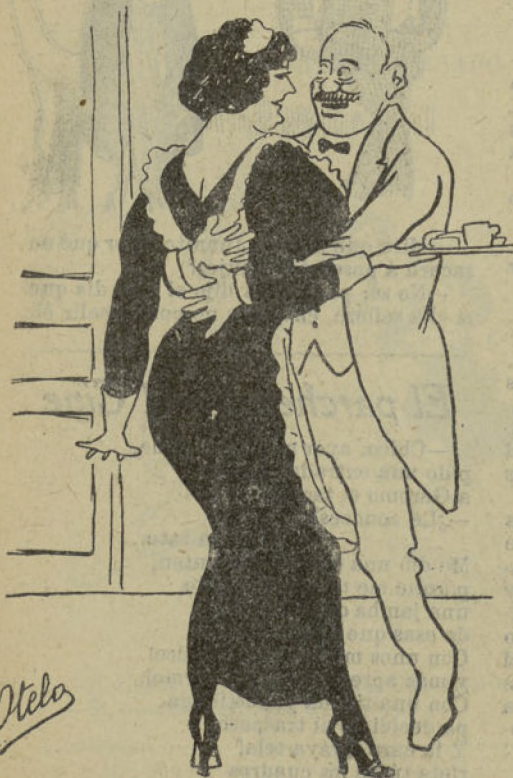
—Verás. ¿Dónde iba?

—En biplano,

y si no descienes pronto güelo que nos estrellamos.

—Bueno, pa acabar prontito me voy derechito al grano.
—Pa grano el que me ha salido con el dichoso retrato de esa manús, que talmente deben ser de contrabando

COSAS DEL SERVICIO



—¡Ay, Luisital
—Señorito, por Dios, que luego me regañará la señora por romperme el servicio. El otro día no quiso creer que había roto usted el jarro del lavabo.

porque yo no las he visto y he ido al Cini un rato largo y los taquíes son amigos y siempre he tenido magro. Son decentes, no camelan, y te endiñan un tortazo, ó el sitio con su mamá cambian, al primer contacto.

¿Y si no cambian, qué?... pues que cuando estás á caldo te tienes que ir de solanas, y la verdá pa este paso me voy y compro cadera y no quiero na de magro. Y si te toca una lea, ¡digo, si hay parcheo, vamos!... pero cuando ya estás rucho y hablas de eso de ir al tálamo, salen pidiendo jayeres, y te quedas torrefazto, desilusionao y numérico; y te demuestra este caso que el Cini y su oscuridá sin doña luz, no es na prático.
—Eso te pasa á ti solo.
—Mala ficha.

—Oye, Cipriano. Es que el que nace pa céntimo en jamás llegará á cuarto.
—Déjate de reflexiones y abrevia con tu relato.
—Verás, meti la rodilla luego, arrimo el hombro, y claro, como no decía na escapao tendi la mano, exploro por las afueras, y cuando iba penetrando en el interior...

—¿La luz?
—Dos capones de mi hermano.
—¿Y tu hermano estaba allí?
—Alli juntito, pegando, come que dormimos juntos y como fué un sueño ¡claro! me creía que era él la gachí del inventario.
—Chócala, que has tenido un lleno. Di que te lo dice un chato, que los momios del cinini, si los hubo se acabaron.

Juan-Pamón RUIZ

LA FEA

Con este título publicará muy en breve nuestro amigo y compañero Federico González-Rigabert una novela, de la cual tomamos el fragmento que va á continuación.

Y qué fué ello?
—Total, nada —contestó Aldánez despreocupado—; la muerte trágica de una amiga nuestra, á la que habíamos olvidado. ¿Sabes quién?

—¿...?

—«La fea», hombre, ¿quién ha de ser?

—¿Adela?

—Claro.

El suceso ocurrió en cierta casa del Pósito de San Martín, bajo el techo de una de esas alcobas donde nunca habitó el amor, el verdadero amor, y en las que siempre hay un espejo en cuyo cristal los diamantes de toda una generación de trasnochadores viciosos, dejaron grabada una fecha ó una grosería.

La declaración de la criada, vieja tai-mada, como son esas mujeres que, con sólo el mirar siniestro de sus ojos soñolientos y canallas que tantas virtudes vieron, impasibles, derrumbarse, os dicen el fingimiento de sus estudiadas lagoterías, y nunca os dejan marchar sin antes pedirós la propina ó un pitillo, puso en claro el hecho.

Minutos después de las dos de la madrugada, un caballero de porte distinguido, aunque modesto en el vestir, y ya entrado en años, y una mujer de estatura mediana, envuelta en un mantón obscuro con el que procuraba ocultar el rostro, y cubierta la cabeza con un pañuelo verde rameado, alquilaron una de las habitaciones del primer piso.

En seguida, algunas palabras como en sollozos de súplica avivaron la curiosidad de la vieja lumia, que fué á escuchar junto á la puerta del cuarto.

—«¡La primera vez que esto me sucede! —protestaba él malhumorado—. ¡Nunca me dejé engañar de este modo!»

Y ella, entre llanto:

—«Anda. Yo te querré mucho, ¡mucho!»

—«¡Déjamel... ¡quita!... ¡No sé quién os engaña á ciertas mujeres!... Toma. Me das lástima... y asco.»

Se oyó el sonido de unas monedas caídas ó arrojadas al suelo.

La voz de mujer seguía suplicando:

—«No, si lo que yo quiero es amor, ¡amor!, ¡amor!»

No hubo más.

Abrióse la puerta, y salió él presuroso, con vergüenza de que alguien hubiera podido enterarse, ocultando el rostro tras el cuello del gabán, y metidas las manos en los bolsillos.

Segundos después sonó el timbre, y entró la vieja. La desconocida era, en efecto, una mujer fea, exageradamente fea y aviejada, aunque frisaría en los treinta y cinco años.

Pretextando no tener casa, mostró deseos de quedarse toda la noche. Y pagó, encargando que la avisasen al clarear.

HORAS DE ESPERA



—Por supuesto que hoy en llegando Seraffa tendremos morros. Se empeña en que no me ponga este traje porque luego le llaman el joven de la novia lisa.

... y fué entonces cuando se supo el final trágico de la pobre fea, de bruces sobre el lecho, muy oculta la cabeza bajo el mantón como avergonzada de su fealdad, hasta para morir de cara á la luz...

Los médicos certificaron el suicidio por cloroformo.

F. GONZÁLEZ-RIGABERT

Agentes exclusivos en Sud América.

MASSIP Y COMPAÑIA

Quadrava, 408 — Buenos Aires

(alires particulares de Ediciones ESPAÑA (S. A.))

LA INGLESA

Primera casa en gomas
higiénicas.

MONTERA, 35, (Pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

Catálogo gratis enviando sello.

Viuda de José Lerín

Encargada de la venta de LA HOJA DE
PARRA en Madrid. Abada, 22, tienda.
Reparte toda clase de periódicos y revistas

IMPRESA

DE

EDICIONES ESPAÑA (S. A.)

En esta imprenta se hace toda
clase de periódicos, folletos,
circulares, facturas, cartas co-
merciales á precios
económicos.

PASEO DE LAS DELICIAS, 60

Departado 547. MADRID Teléfono 1.043

agente exclusivo para los anuncios de
HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR
NI OPERAR la uretra, cistitis, vejiga
y riñones. Dilatan los estrecheces,
rompen la piedra y curan las are-
nillas. Curan los catarros ó irritacio-
nes de la vejiga; calman al momento
las punzadas y horribles dolores
orinales, limpiando la orina de posos
blancos purulentos, rojizos y de san-
gre. Las SALES KOCH no tienen rival
por su acción rápida y segura. Venta
en las boticas del mundo. Las CÁP-
SULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin
peligro, los flujos hemorrágicos secre-
tos recientes y modifican los cróni-
cos. Para lograr un éxito fijo pidase
gratis á la CLÍNICA MATEOS,
Arenal, 1, de MADRID (Españ-
ña), el método explicativo infalible.

Un consejo á las señoras

que padecen de rubicundeces, lupus,
etc. Tomar todos los días un
Papel Yhomar disuelto en un vaso
de leche ó agua muy azucarada,
y desaparecerán esos defectos que
afean el cutis y teniendo constancia
obtendréis una piel fina, tersa y deli-
cada como pétalos de rosa. Gayoso,
Madrid; Gamli, Valencia, y en las
principales farmacias bien surtidas.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

FRUTA PROHIBIDA



LOS QUINCE GOCES DEL MATRIMONIO

MISTERIOS Y SECRETOS DEL LECHO CONYUGAL (2 tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por CINCO pesetas en Giro postal, mutuo
ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por CINCO francos ó UN dollar.—Los pedí-
dos, con su importe, diríjanse ÚNICAMENTE A ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMETREZO, 80,
4.º DRA., MADRID (Casa fundada en 1896).—BIBLIOTECA PRIVADA.—Catálogo gratis remitiendo
sellos por valor de 0,50 ptas.—EXPORTACION, POR MAYOR, DE REVISTAS ILUSTRADAS Y PE-
RIODICOS á los señores libreros y Corresponsales de España y América.